Día 25

SALMO 28

«Bendito sea el Señor, que ha oído mi voz suplicante»
(Sal. 28:6).

¿Quién de nosotros no ha dicho en momentos de tristeza o de ansiedad: «A ti clamo, Señor […], no te desentiendas de mí»? ¿Quién de nosotros, sintiéndose abrumado por los problemas, las dificultades y los riesgos de una hora difícil como esta, no ha dicho: «Oye mi voz suplicante»? (vv. 1-2).

Ciertamente, cada uno de nosotros ha expresado de alguna manera el sentido de esta oración. Por momentos nos ha parecido que Dios se ha olvidado de nosotros, nos ha abandonado a nuestra suerte, o que simplemente no nos escucha ni atiende a nuestros ruegos.

Es bueno saber que, antes de nosotros, alguien como David expresó estos mismos sentimientos y externó estas mismas preocupaciones delante de Dios. Pero qué bueno es saber también que nosotros tendremos igualmente la misma respuesta que tuvo en su momento el salmista. Porque en efecto, Dios no nos ha olvidado, no se ha desentendido de nosotros, ni tampoco ha desechado nuestra oración ni cerrado sus oídos a nuestros ruegos.

El salmista exclama: «Oye mi voz suplicante cuando a ti acudo en busca de ayuda» (v. 2). Hermano, no dejes de clamar al Señor ni de alzar tus manos al Altísimo. Insiste delante del trono de la gracia porque hay gracia suficiente en Aquel que nos escucha. La promesa de Dios es que aquel que clama será escuchado. Y precisamente eso es lo que afirma este salmo.

Considera la manera cómo el tono de esta porción cambia en el versículo 6. El salmista testifica que el Señor oyó sus ruegos. Y de la misma manera, oirá los tuyos si te vuelves a Él con fe.

Justamente por eso, este salmo termina con una expresión de alabanza

porque Dios: «Bendito sea el Señor, que ha oído mi voz suplicante» (v. 6). Y esta es una verdad que se repite una y otra vez en las Escrituras. Dios oye nuestros ruegos, aun cuando nos parezca que no, o que Su respuesta tarda. El oye nuestros ruegos y contestará nuestras oraciones.

Por eso, podemos decir con el salmista «el Señor es mi fuerza y mi escudo» (v. 7). No lo olvides, en una hora como la que estamos viviendo, recuerda que tu fuerza y tu protección se encuentran en el Señor. En medio de nuestra debilidad, Él es nuestra fuerza y, en nuestra vulnerabilidad, Él es nuestro escudo protector. Tú también podrás exclamar como este precioso salmo: «… De él recibo ayuda. Mi corazón salta de alegría, y con cánticos le daré gracias» (v. 7). Sí hermano, serás ayudado. Ninguna oración será desatendida, ninguna situación, por difícil que sea, escapará a la mano protectora y bienhechora del Señor. El Señor acudirá en tu ayuda.

Este salmo termina con una petición. «Salva a tu pueblo, bendice a tu heredad, y cual pastor guíalos por siempre» (v. 9). Estas palabras son un eco del Salmo 23, que nos recuerda que Dios es nuestro pastor. Él conduce nuestras vidas y sustenta nuestra existencia. No lo olvides. Amén.

.